

ANGEL GONZÁLEZ KATARAIN DIRECTOR

“La historia de Javier es la de las revoluciones echadas a perder”

El fraile vasco que confesaba a los fusilados de la revolución cubana es el protagonista de la película de Foco Punto de Vista, mañana a las 20 h. en la Fimoteca

ION STEGMEIER
Pamplona

En La Cabaña los protagonistas eran tres, según señala Javier Arzuaga: el que mataba, el que moría y él. A este fraile benedictino que nunca perdió su acento vasco le tocó ser capellán de la prisión de La Cabaña, en Cuba, al inicio de la Revolución. Asistió a 55 prisioneros antes de caer fusilados en el paredón, en su mayoría oficiales de Batista pero también había algún “traidor”. Se acuerda de sus nombres. Arzuaga vivió allí sucesos sobrecogedores, cumplió últimas voluntades de los reos, y discutió con la autoridad, entre otros con el Ché Guevara. Por dentro, sin embargo, le quedó un desa-

sosiego y un dudar sobre todo que muchos años después fructificó en el poemario *A la medianoche*. El cineasta ordiziarra Ángel González Katarain quería contar la historia, y tras años de búsqueda consiguió dar con Arzuaga. El director se involucró en la película, titulada *A la medianoche (Momentos con Javier Arzuaga)*, hasta en la música, que había compuesto en 1986, el día que ETA asesinó a su hermana, Yoyes. La película se proyecta a las 20 horas (3 euros) con presencia del director.

¿Por qué era tan importante para usted contactar con Arzuaga y su historia?

Cualquier historia en estos tiempos tan hartos de información y tan escasos de contenido que invite a la reflexión para mí es bienvenida. Hace unos años nos llegaron, estando en Cuba, 170 folios escritos por este hombre, y enseguida vimos que ahí había un buen escritor-poeta desconocido, además de una vivencia humana sobrecogedora. Es muy difícil que coincidan las dos cosas, el texto nos impresionó y decidimos que había que encontrarle.

¿Cómo fue su relación con los fusilados?

A Javier le tocó vivir uno de los capítulos más oscuros de la revolución cubana: ayudar a morir en el paredón de fusilamiento como capellán franciscano a 55 personas. Es un episodio de la revolución que ha dado lugar a mucha especulación por la poca información existente. Se ha dicho y manipulado hasta la saciedad en entornos antirrevolucionarios que fueron más de 500 los seguidores de Batista ejecutados en La Cabaña al triunfar la revolución. No estaba clara la cifra y de pronto, tras cuarenta y tantos años, aparece un tipo de Oñate que se ha comido ese marrón, con el Che Guevara como comandante al mando. Todo lo ha dejado escrito en un libro, con nombres y apellidos. Con belleza y maestría literaria cuenta la relación con las personas que van a morir, llegando al interior de cada una.

¿Qué sintió usted ante esos muros donde aún siguen las marcas de las balas?

Al principio piensas por qué no habrá una placa que indique lo que ocurrió aquí. Luego deduces que alguien no quiso que se supiera. Y luego piensas cuántas placas faltan en tantos lugares similares del mundo. Al final yo en esos paredones imaginaba a



Ángel González Katarain.



Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, convertida en prisión y paredón durante la revolución.



Javier Arzuaga, en el documental.

Javier con esa cruz de metal en alto en la que no sabía ni si creía, pero servía, y veía a esos hombres-dioses venidos a menos mirándola temblando, en sus últimos segundos frente al pelotón de fusilamiento. Ponia mi cámara a la altura de sus ojos y la dejaba caer a la hierba una y otra vez.

¿Qué tarda más en cicatrizar, esas marcas en la piedra o en la conciencia personal?

Las marcas en la piedra son arrastradas por el agua, y al cabo de muchos años se van. Las marcas en algunas conciencias se pueden cicatrizar en el tiempo de una vida, a veces menos. En otras... hay que esperar hasta la muerte.

El documental plantea una película dentro de otra, ya que el propio Arzuaga sale yendo a una proyección de lo que tenía grabado hasta ese momento. ¿Por qué?

Esto no estaba pensado pero es que este trabajo se ha ido haciendo a sí mismo casi desde el principio. Un día me di cuenta de que tenía material para empezar a montar. A los cuatro años de conocer a Javier teníamos un documental de 55 minutos, no era ni un corto ni un largometraje, en muchos festivales ni lo admitirían, y varios profesionales del medio insistieron en que lo alargara. Eso se convirtió en un pequeño quebradero de cabeza que se resolvió dejando pasar los días. Javier tenía que ver lo que había hasta el momento, para mí era vital su aprobación. En su pueblo natal había interés por proyectarlo, se organizó y Javier acudió en Oñati a ver su documental. Esas imágenes de Javier mirando a la pantalla confirman también su implicación directa en lo contado, con ello su aprobación queda confirmada. Para mí eso es

muy importante, el mundo del cine está lleno de películas malintencionadas basadas en historias reales que nunca firmarían sus verdaderos protagonistas.

¿Qué importancia le da a la música, que además compone e interpreta usted?

La música para este trabajo me traía un poco de cabeza, después de toda una vida en contacto con artistas no sabía muy bien cómo hacerlo, teníamos en mente con quién, pero antes de hablar con nadie probé con material variado de archivo. No sé en qué momento se me ocurrió probar conmigo mismo, aquellos pianos tan simples grabados en 1986, encajaban como anillo al dedo, así que adelante.

¿Tuvo problemas con las autoridades cu-

banas para hacer la película?

Ninguno. Al principio cuando grabamos en Cuba ni siquiera yo sabía que haríamos con las imágenes. Javier tenía curiosidad por conocer el estado actual de lo que fue la prisión de La Cabaña, le habían dicho que ahora era un lugar turístico, que se pagaba un dinero para visitarlo y poco más, así que le dije que me encargaría de grabar unas imágenes para él en mi próximo viaje. Así, el rodaje comenzó como el paseo de un turista que quiere llevarse unos recuerdos a casa. más tarde volví con ideas concretas para filmar pero todo se ha hecho con la mirada de un paseante cámara en mano y para eso no se necesitan permisos.

La dedicatoria final lleva al espectador a

sacar el foco de Cuba y entenderlo como un tema universal. ¿Ve conexiones con la violencia padecida en Euskadi?

Es verdad que esas dedicatorias quieren extrapolar un poco el contenido de este documental a cualquier persona o lugar en conflicto, incluido si quieres Euskadi. La historia de Javier, y la de tantos y tantos, en tantos lugares del mundo, aunque puedan parecer muy distantes tienen casi siempre algo en común, son historias de buenos sueños convertidos en pilares que terminan revolviéndose a veces contra uno mismo, y a veces contra comunidades y naciones enteras; historias de revoluciones echadas a perder por los métodos utilizados, tratando de justificar un fin.